

## Inspección de enseñanza

Si el real decreto inserto en la *Gaceta* del martes se le hubiera ocurrido al conde de Romanones antes de comenzada la campaña anticlerical y de dura oposición al Gobierno por Canalejas, la iniciativa del ministro de Instrucción habría sido acogida con un aplauso unánime por toda la opinión democrática, que no ha escatimado al conde de Romanones sus aplausos y benevolencias en otras medidas de su departamento. Pero viene ya muy trillada y muy discutida la cuestión; llega la reforma en un momento en que aparece el Gobierno arrastrado por la corriente, y ya no tiene la medida ni aun el mérito de la iniciativa.

Sólo de un punto de la reforma hemos de ocuparnos: el referente al plazo para ponerse en condiciones los directores y corporaciones que no lo estuviesen, de seguir ejerciendo la enseñanza privada.

¿Por qué razón concede el ministro tres meses solamente a los colegios de seculares, y otorga el plazo de quince meses a frailes y corporaciones religiosas?

¿Nada se habla en el real decreto de los colegios de mujeres ni de niñas, y esta enseñanza, acaparada por los jesuitas y demás corporaciones del sagrado corazón, es capaz por sí sola de desvirtuar para en lo sucesivo la tendencia, los propósitos, la orientación y la finalidad del decreto.

¿Por qué se establece el privilegio en favor de los tonsurados, más o menos frailesco y jesuitico?

Porque ya que los eternos obstáculos tradicionales, ya que el predominio absoluto que ejerce el representante vaticanista ha tenido que hacer una parada en vista de la actitud del pueblo, y para no perderlo todo, ha creído conveniente el plazo de quince meses para que la santa instrucción clerical y jesuitica no se interrumpa, y para que allá en Septiembre de 1903, cuando venga el plazo y sea ministro otro conde o marqués palatino y vaticanista, siga el decreto la misma suerte que cupo al de González en Gobernación, con la ventaja para las corporaciones religiosas de que cerrados muchos colegios laicos y civiles en Septiembre de este año, por no reunir las condiciones del decreto ministerial, las aulas de las asociaciones religiosas se verán engrosadas con los alumnos de los colegios cerrados.

Estas son las primicias ventajosas que ofrece al ministro a esas asociaciones religiosas a que ha querido destruir con su famoso decreto.

No escatimaríamos nuestros aplausos a la tendencia si no estuviera tan próximo el fracaso y no se manifestase tan al desnudo la equivocación.

El decreto de instrucción se cumplirá respecto de los colegios sostenidos por particulares o corporaciones que no sean clericales; pero respecto de las asociaciones religiosas ya se encargarán los conservadores de acabar con la obra de Romanones antes de que puedan sentir sus efectos los religiosos.

Cuando se tiene juventud, alientos de independencia y se intenta salir al camino de predicciones con que simpatiza la masa democrática, se acometen las reformas de verdad y se prescinde de expedientes que acusen desigualdad o privilegio.

Habría exigido el conde de Romanones la calidad de español, pero no con la presentación de la cédula de vecindad, sino mediante los documentos que lo acreditan con arreglo a las leyes; hubiera dispuesto que el director y los profesores acreditados con los títulos académicos acreditados por Universidad española; hubiera declarado que los conventos o casas dedicados a la religión no son los lugares adecuados para la enseñanza, y seguramente su decreto lo aplaudiríamos todos; pero una disposición dada contra el clericalismo, y que a nadie favorece más que a las asociaciones religiosas, tenemos que censurarla con todas las energías, porque es una prueba más de la existencia de poderes ocultos que se oponen tenazmente a

que España entre en la vida moderna y se emancipe de Roma.

A. A.

## Murmuraciones

No sabe el señor Moret, ministro de la Gobernación, lo que ha hecho al anunciar un premio de quinientas pesetas para aquel que ponga en autos a la Justicia del sitio en que se encuentra la señora Cecilia, coautora o autora del crimen perpetrado en la calle Fuencarral de Madrid.

Quinientas pesetas no es ningún capital para un pobre, pero... resuelven un verano de manera positiva y descansada.

Todo Dios está interesado en descubrir el paradero de dicha señora, o señorita con hijo; y hasta hay quien asegura que el señor Conde de Romanones no fué a Zamora a celebrar acto político ni gubernamental, sino a... seguir una pista.

No es el señor Conde de Romanones la persona más apropiada para ejercer de policía, por aquello de que enseguida se sabe de qué pié cojea, y a eso se debe, indudablemente, que dicho señor Conde, como algunos de los otros jefes policíacos, no hayan aportado al proceso, o al hecho de autos, ninguna luz, ni siquiera la tenue luz de una mariposa.

El telégrafo nos comunica una noticia satisfactoria, que ha de venir a enredar más este asunto.

El heredero del señor Pastor ha ofrecido cinco mil pesetas a la persona, o agente de la autoridad, que dé con la Cecilia que nos trae revueltos a todos los españoles.

Quinientas pesetas por un lado y cinco mil por otro, ya suman una cantidad algo respetable, y bien merece la pena de que los diarios sevillanos den la nota emocionante de que Cecilia está por aquí.

Esto meditaba cuando... me echo a la cara *El Liberal* de Sevilla de hoy, en el que me encuentro que me han ganado por pies.

—Cecilia está en Sevilla—dice el colega.— Hay quien asegura que la noche pasada la ha dormido en una casa en la que se admiten Cecílias cuando huye, unas veces de la policía general, otras veces de la policía particular del ramo de Higiene, buscan refugio.

La nota dada por el colega viene a despertar las dormidas ambiciones, y es seguro que hoy, más de un chulo y de dos, se dedicarán a zancajar la ciudad entera a ver si dan con una mujer alta, rubia y buena moza.

Una del mismo tipo he visto pasar esta mañana por delante de mi redacción, e incontinenti eché a correr detrás de ella a ver si olía a criminal.

Pronto me convencí de que estaba equivocada: olía a tabaco, se llamaba Juana y era natural de Sevilla y vivía en la calle D. Fadrique.

Esto de la calle me dió qué pensar. ¡D. Fadrique fué asesinado! ¡Juana vivía en la calle D. Fadrique! ¡Por aquí va la pista! Por lo menos hay motivos para suponer que Cecilia no anda lejos.

En lo que yo creo que hace mal *El Liberal*, ya que ha traído a Cecilia a Sevilla sin esperar a que implanten el expreso diario porque tanto aboga, es en dejarla tan mal colocada.

¡Qué afán por empequeñecer a una tan hermosa protagonista, despojándola de toda la poesía!

Si como el colega la ha hecho dormir al modo y como duermen las Traviatas callejeras, nos dice que anoche la vió hincada de rodillas ante el Señor de los Desamparados, y que, por respetos al lugar y por temor a Dios, no hizo inquisitivas, todos lo creemos a puño cerrado.

¡Qué cosa más natural que una mujer que lleva en la conciencia el peso de un crimen terrible, y en el bolsillo el peso de ocho o diez mil francos, vaya a postrarse ante Dios, ante el altar de la misericordia, para que la perdone y la salve de las garras de la justicia!

No; no hay que buscar a Cecilia por los lupanares, porque en éstos no hay secretos que rebasen más allá de los 2'50 de cuota, ni son los sitios más apropiados.

Si, como *El Liberal* presume, la tal Cecilia no ha aguardado el tren expreso diario, sino que se ha venido en el expreso trisemanal, ordene a sus sabuesos que dirijan sus pasos hacia otro sitio.

Yo lo voy a poner en autos. A la hora de la llegada del correo de Madrid, ayer a las 16-15 (tarde), llamaba la atención de cuantas personas transitaban por los andenes de la estación del ferrocarril de Córdoba, un señor muy afeitado, vestido de negro, de cara amolletada, ojos vivos, vocecita insinuante, que se ha-

cia acompañar de un criado de facciones algo bastas, y cuyos modales rústicos contrastaban de manera singular con los de su señor, al parecer.

Alguien que pasó junto a ellos, oyó las siguientes palabras:

—Padre... Fulano (no entendió el nombre), ¿tarda mucho?

—¡No me llames padre!—le replicó con viveza, mirando hacia todos lados.

El curioso en cuestión que esto me ha referido—y de la veracidad de sus palabras doy fé—se retiró un poco, preparándose a observar qué iban buscando en aquel sitio, y a quién esperaban, personajes tan raros y misteriosos.

Llegó el tren correo, y el señor afeitadito y de vocecita insinuante, sacó un pañuelo encarnado, con el que parecía hacer una señal convenida.

Gran sorpresa fué, la del curioso en cuestión que esto me ha referido, cuando vió bajar de un vagón de segunda clase a una hermosa mujer, alta, rubia, y dirigirse sin vacilar hacia el señor del pañuelo encarnado.

Inmediatamente, el que parecía ser criado, subió al vagón, recogió varios bultos de mano, y las tres personas se perdieron entre el tropel de viajeros que salían de la estación.

La curiosidad es un aguijón que da alas y pone nervioso al que la padece, y el observador de mi cuento se adelantó a los personajes susodichos, observando y oyendo lo siguiente:

El señor afeitadito, de ojos vivos, de cara amolletada y de voz insinuante, acompañado de la mujer alta, rubia y buena moza, penetraron en un lujoso coche cerrado que los aguardaba. El criado subió al pescante en compañía del cochero, que no parecía ser cochero, colocando allí los bultos de mano, y dirigiéndose al auriga, le dijo:

—¡Calle de las Palmas!

El curioso en cuestión no quiso oír más. Se echó a reír... y anoche me decía con la mayor candidez:

—¡Qué buena presa han hecho hoy los jesuitas! ¡Pepe, qué mujer, qué mujer más hermosa!

Cuando hoy por la mañana he leído *El Liberal*, cuyo colega ha oído a Cecilia desde la calle García de Vinuesa, bastante retirada, por cierto, del convento de los padres jesuitas, me he dicho:

—¡Ciertos son los toros!—E inmediatamente me fui a dicha calle, en la que cuento con un conocido antiguo, algo chapado a la antigua, carlistón, tradicionalista de tomo nada más; de lo mo, no, porque el pobre hace tiempo que padece una sífilis de confesonario que lo tiene en los huesos.

—¡Luego es cural! No, señor; no es cura. La sífilis de confesonario no es lo que usted supone, ni se infecta uno de ella como usted cree.

La beatitud, en formas diferentes, se manifiesta de maneras distintas, por distintos conceptos y a varias temperaturas.

Pues bien; llegué a casa de mi amigo y le expuse, con la mayor claridad, el objeto de mi visita.

La excesiva confianza que con él tengo, a pesar de profesar los dos ideas completamente contrarias, me sugirió la siguiente pregunta:

—Por casualidad, ¿viste ayer entrar en casa de tus vecinos, a las cuatro y media de la tarde, una mujer alta, rubia, buena moza, acompañada de...?

—Sí, del Padre... *Moderno*, como nosotros le llamamos, porque hace pocos días que llegó.

Dí un salto en la silla, acompañado de una interjección... No sé si fué ¡Carambal o ¡Caracoles! ¡Carapel no fué, porque yo no digo nunca eso.

—¿Qué te pasa?—me preguntó.

—¿No has leído *El Liberal* de hoy? Asegura que Cecilia, la del crimen de la calle Fuencarral, está en Sevilla. Todas sus señas coinciden con las de esa mujer: alta, rubia, buena moza y... de Irún.

—¿Y quién te ha dicho a tí que esa mujer es de Irún?

—Eso es lo que hay necesidad de averiguar.

—¿Y qué te va en ello?

—Cinco mil quinientas pesetas que dan al que lo averigüe.

—Pues... entonces, ¡limpiate, que estás de huevo. Si esa mujer está entre las redes jesuíticas, y por ella dan cinco mil quinientas pesetas, como ella no doble la cantidad, la justicia será con ella. ¡Esa gente vende a Dios padre como se lo paguen bien!

Nos enredamos en conversación, de la que formó parte la noticia de que una monja de Reus se ha escapado de un convento con un carretero...

—¡Estúpido!—decía mi amigo.—Como si, para dejar de ser monja, fuera necesario entregarse a un carretero vulgar... Mira cómo esa Cecilia de que me hablas ha sabido nadar y guardar la ropa. Se entrega a esa gente, a los jesuitas, que todos son gente fina, sutil, ingeniosa...

—Pero das por hecho...? —No digo que sea verdad, pero no lo dudo. Los conventos jesuíticos son contraráciles, maldrideras encubridoras en las que se explota la estupidez, la criminalidad, el vicio, el cielo, la tierra, lo divino y lo humano.

Despedíme de mi amigo—*¡que ha sido jesuita!*—y en todo el día se me ha borrado de la imaginación *El Liberal* anunciando que Cecilia está en Sevilla sin necesidad del expreso diario; la mujer alta, buena moza y rubia, que bajó ayer de un vagón de segunda clase en el correo de Madrid; el caballerete de cara amolletada, ojos vivos, palabra insinuante, que esperaba en el andén con un pañuelo encarnado en la mano, como si fuera a mandar poner banderillas de fuego; el coche lujoso y cerrado que parte a todo correr camino de la calle de las Palmas; Irún; las cinco mil quinientas pesetas, y... la policía española bebiendo copas de aguardiente, en tanto la policía negra se hace de la presa, la explota, la esconde a los ojos de la Justicia y logra encajarse en la Constitución española como una institución más invulnerable a los ojos profanos y atenta solo a hacer dinero por todos los medios que estén a su alcance...

¡No busquéis a Cecilia!  
¡Cecilia no parecerá ya!

CARRASQUILLA.

## EL APÉNDICE Y LA MONARQUÍA

¿Qué es el apéndice?—Semejanza de éste con la monarquía.—Inutilidad y peligro de ambas cosas.—Necesidad perentoria de la ablación.—Los paliativos de Canalejas.

Nunca cosa más inútil, al par que mal orientada, ha dado lugar a tanta curiosidad y a tantas discusiones como el apéndice del rey Eduardo VII de Inglaterra.

¿Séptimo he dicho? ¡Lagarto! ¡Lagarto! ¡Lagarto!

Yo también fui contagiado de esa insana curiosidad y, sentando plaza de Chaves, me puse a remover polvorientos papeles para cerciorarme de lo que era el apéndice de que se trata.

Sin embargo, no vayan a creer los *sabiondos* que no sabía yo lo que eran apéndices en su forma general; pues me consta que, sin ellos, no existiría la fiesta nacional española, altos empleos permanecerían vacantes, los jesuitas no harían presa en cuantiosas herencias, y Darwin no hubiera pensado en esparcir la especie de que somos los tataranietos de los simios, puesto que son apéndices todas aquellas partes añadidas al cuerpo, como son los cuernos, las garras, los rabos, la prolongación de la columna vertebral, etcétera, etcétera.

Pero en lo relativo a uno de los regios apéndices del eximio soberano inglés, ó sea el llamado *xifoideo verniforme ileocœcal* ó *vermicular*, tuve que valarme de la enciclopedia y echarme la de *doctus cum libro*. Así me hallo en condiciones de poder explicar (a los que no lo saben) que aquella inmundicia real es una pequeña porción del tubo intestinal, terminado en callejón sin salida por un extremo, y que se implanta sobre la parte inferior del *cœcum*, sirviéndole de continuación.

Tiene la forma de un cilindro flexible, cuya longitud varía entre 8 y 10 centímetros, y de ancho 6 a 8 milímetros; está ahuecado por una cavidad central en toda su longitud y se abre en el *cœcum*. Está provisto de una válvula llamada de Gerlach; las paredes son muy gruesas. Se le considera como un órgano rudimentario que recuerda una disposición ancestral hoy perdida.

Hasta hoy no se ha podido saber la función que desempeña ese órgano, y su supresión no influye absolutamente en nada en la vida; al contrario, su contacto continuo con el *cœcum* es propenso a hacerle el centro de abcesos purulentos é infecciosos que dan lugar a achaques mortales, como el apendicitis y la peritonitis, peritífitis, etc.

Al llegar aquí dirá el avisado lector:—¿Y qué demonio tiene que ver la monarquía con el apéndice, con el apendicitis ó con la peritonitis?

Pues ahí verá: la monarquía y el apéndice tienen tantos puntos de semejanza que he discutido que eran hermanas gemelas.

Por de pronto reconocen los sabios que el

apéndice no es útil; que sin peligro se puede practicar su ablación, redundando esta operación en beneficio del sér, puesto que, no siendo útil, puede, sin embargo, ser muy perjudicial y ser causa de la muerte sin remedio.

Tal es la monarquía: no sólo es un apéndice vermicular, completamente inútil al cuerpo nacional, sino que es un foco de infección abonado para esas enfermedades terribles, mortales de necesidad, llamadas clericalitis aguda, mieditis, vaticanitis y demás afecciones en itis.

¿Donde están los operadores que se encarguen de la ablación de ese apéndice purulento?

Canalejas parece ser partidario del apéndice vermicular; no se decide á coadyuvar, como ayudante, á la ablación; se conforma con administrar paliativos sin tener en cuenta que el absceso puede degenerar en peritonitis aguda que dará al traste con el gran cuerpo nacional.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

LA UNIVERSIDAD... UNIVERSAL

Hace mucho tiempo que se dijo—aunque no sé á punto fijo quién fué el primero á quien se le ocurrió—que las causas pequeñas producen á veces grandes efectos; pero cualquiera que haya sido el primer autor de la frase, es lo cierto que el refrán, ó proverbio, ó sentencia que antecede, viéname hoy como anillo al dedo.

Hay, en efecto, una causa relativamente pequeña de la cuestión social, de esa cuestión magna que todo lo invade y en la que todos estamos interesados; causa que, apesar de ser olvidada por los economistas y sociólogos que desean las reformas en grande, influye tanto en las relaciones entre los burgueses y los proletarios, ó por lo menos en la suavidad ó dureza de estas relaciones, que la supresión ó variación de esa pequeña causa sería un paliativo muy duradero en el gran conflicto del capital con el trabajo, y un compás de espera para la organización social existente, durante el cual podría la sociedad actual prepararse para el cambio económico que se impone, y que tarde ó temprano ha de venir, siquiera no sea tan pronto como quieren los trabajadores, ni tan tarde como desearían los capitalistas, que al fin y al cabo nunca llueve á gusto de todos, y en este asunto hace mucho que no llueve á gusto de nadie.

Creo firmemente—y voy á presentar mi pensamiento de una manera clara y concreta, sin velos ni paráfrasis—que las relaciones entre los de arriba y los de abajo serían mucho más amistosas que lo son actualmente si se reformase el aprendizaje obrero. Todo el mundo sabe de qué manera tan triste y tan odiosa aprenden los trabajadores manuales su oficio: entrando en el taller de aprendices, para barrer, ir por agua y servir de criados á los operarios, que al menor descuido les propinan un pescozón ó un puntapié. Y en estas condiciones, ¿no es admirable que, teniendo en cuenta la escasa instrucción de esos pobres niños, lleguen alguna vez á oficiales?

Figuráos dos niños que van á la escuela juntos; el uno es de familia rica y el otro de clase pobre. Son amigos, hermanos casi; juegan juntos y se creen iguales; pero llegados á la edad, en que su amistad había de afianzarse, se separan, yendo el uno al Instituto, á la Universidad, y el otro al taller.... Este último ve que á él le pegan, le utilizan como á un esclavo, le enseñan el oficio sin el cariño y la amabilidad que debe haber siempre en el maestro; y, en cambio, sabe que al otro le respetan, le miman todos porque es un estudiante.... ¿No es preciso ser un santo para en esas condiciones no odiar á muerte á una sociedad en que tales desigualdades existen? Y es natural: cuando esos dos jóvenes se ven, no reina entre ellos aquella confianza que antes reinaba, los lazos se aflojan cada vez más y la amistad se convierte en odio....

Pero es más: si en la sociedad actual sobran médicos é ingenieros, y abogados y arquitectos—cosa en que todo el mundo está conforme, pero á que nadie pone remedio—es por eso y nada más que por eso. Sabiendo, como todos saben, cómo se aprenden los oficios en los talleres, ¿qué familia medianamente acomodada va á dedicar á un hijo—como no sea para castigarle—á una profesión manual?

¿Y sería tan fácil modificar este estado de cosas? Para mí, el remedio está en la Universidad; pero no en la Universidad raquíca y pobre de hoy en que se estudian cinco facultades; sino en la Universidad universal del porvenir.... Yo me la figuro como una madre augusta, admirable, sublime, que tomaría á todos, á todos sin excepción, de los brazos de su madre natural, para, después de poner en la mano de cada uno los medios de poder conocer y satisfacer sus propias necesidades, los introdujera en la socie-

dad útiles, fuertes, buenos para el amor y para el trabajo....

Yo suprimiría los institutos, las escuelas especiales, el aprendizaje, y lo refundiría todo en la Universidad.... Me imagino un edificio inmenso, en donde entrarían todos los niños y niñas que recibirían una enseñanza común, la que es necesaria á todos—dociones de Gramática, Aritmética, Geometría, Geografía, Historia, Literatura, Filosofía, Física, Química, Fisiología, Higiene, Agricultura, Dibujo, Música y Gimnasia—y después, en el mismo edificio, cada uno estudiaría lo que quisiera: ciencias, artes, industrias, comercio....

¿Qué razón existe para que no haya cátedráticos de zapatería, de albañilería, de tipografía, de peluquería? ¿Perdería algo la enseñanza con eso? ¿Sería menos seria y menos respetable la Universidad? Y aquellos jóvenes, tratados todos de la misma manera, saldrían de la madre común queriéndose como hermanos y se borrarían las desigualdades morales entre las distintas clases de la sociedad, que traen como consecuencia inmediata las desigualdades económicas.... Además, las familias bien acomodadas no vacilarían en dedicar á sus hijos á una profesión manual, y casi desaparecería el tipo odioso y execrable del señorito chulo, que procede siempre, ó la mayor parte de las veces, del estudiante forzado....

Vale la pena de ensayar; y ya que en algunas universidades de España, personas ajenas á la enseñanza dan clases de extensión, ¿por qué no llamar á algunos industriales de buena voluntad é instituir la Extensión Universitaria Industrial y estudiar en el terreno de la práctica los resultados que da?

¿Sería tan hermoso ver que salían juntos de clase, en amigable unión, el estudiante de Medicina, con sus libros bajo el brazo, y el aprendiz de zapatero, con sus instrumentos de trabajo; y que, ante la puerta de la Universidad se despidieran hasta el otro día, mientras que allá, en la majestuosa escalera del edificio, se oyerá el bullicio de mil juveniles conversaciones de futuros abogados, farmacéuticos, tipógrafos, sastres, veterinarios, pintores, músicos, etc., etc. El amor y el trabajo, uniendo á la ciencia, al arte, á la industria en una suprema síntesis; todos libres, todos iguales, todos hermanos, todos útiles.... ¿Qué hermoso, qué admirable, qué sublime!... ¿Se realizará alguna vez?

JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ.

De actualidad

En Burgos celebróse banquete en el Ayuntamiento en honor de Canalejas.

Brindis entusiastas. Abstúvose el elemento oficial.

Canalejas hizo un brindis dedicado á la agricultura del país.

Nada ocupóse de política.

Háblase del próximo viaje del rey de Italia á Londres y París.

En Amberes ha quebrado una importante sociedad bancaria, dejando un pasivo de más de 50 millones.

Dicen de París que en Montceau les Mines ha descargado fuerte tormenta, causando grandes destrozos.

Un rayo incendió una fábrica, destruyéndola.

El granizo ha arrasado las cosechas. Varias calles inundadas.

Londres.—Una violentísima tempestad ha destruido las campiñas.

Ddesbordados los ríos; grandes inundaciones.

Generalizanse las tormentas en la Península.

En Durban embarcáronse para Europa Bontha, Dewet y Delarey.

Telegramas de Durban hablan de agitación entre las poblaciones indígenas, temiéndose la insurrección.

Solucionada la huelga de los mineros de Bilbao.

En Girona hay huelga de albañiles.

Weyler prepara un decreto derogando el relativo á la amortización del 50 por 100 de las vacantes á causa de la desaparición de excedentes en las escalas superiores del Ejército.

Afirmase que Weyler aprovechará el verano para girar una visita á las costas estudiando las obras de defensa necesarias en algunas plazas.

La Epoca y El Español censuran el decreto sobre inspección de enseñanza.

En los Jardines del Buen Retiro celebróse el banquete en obsequio de Querol, por el premio que ha alcanzado en Lima.

Noventa comensales: entusiastas brindis.

Requejo ofreció proponer á Querol para la gran cruz de Alfonso 12.

La Gaceta publica decreto aceptando la dimisión de Soldevilla y nombrando Gobernador de Granada á Bahamonde.

En Bombay un ciclón derribó á un tren. Hubo trece muertos y quince heridos.

El Liberal se fija en el período de actividad política en que han entrado López Domínguez, Teuán, Canalejas y hasta Silvela; todos menos Sagasta, que parece resignado á vegetar hasta otoño, convencido de que entonces acaba su vida política.

Termina augurando completa transformación en los partidos.

En la clausura del Congreso minero, Canalejas pronunció elocuentes párrafos en honor de Castilla y de Burgos.

Recuerda la protección que siempre ha tenido para la Agricultura.

Defiende los pantanos, granjas agrícolas, libre cultivo del tabaco, federación de labradores y transformación de los consumos.

Termina ofreciendo su concurso.

El Imparcial ocupase de la depreciación de la moneda que es mayor que en Portugal apesar de la mejor situación económica.

Afirma que obedece al exceso de circulación fiduciaria.

Ha habido colisiones entre tropas búlgaras cerca de Paitili.

En Nápoles perséguese un complot de anarquistas italianos contra el sultán de Turquía.

En Zaragoza han sido detenidos tres sujetos sospechosos de anarquismo, que seguían al Gobernador.

Bilbao.—Igual la huelga de mineros; el mítin de ayer en Arboleda estuvo desanimado; acordaron persistir.

A Washington telegrafan desde Manila que siete oficiales yanquis que operaban en Batangas un falso espía los condujo al campo de los insurrectos.

Estos oficiales, con algunos hombres, guiados por el espía, salieron para explorar el terreno, no regresando.

Después á la orilla de un lago fué encontrado el cadáver de uno de los tenientes desaparecidos misteriosamente.

Se supone que le sorprendieron y dieron muerte á puñaladas, arrojándolo al lago.

El cadáver se hallaba desnudo y mutilado horriblemente.

Telegrafan de Melbourne (Australia) que doscientos presidiarios que lograron escaparse de la Nueva Guinea holandesa fueron capturados por una tribu de antropófagos.

Estos los degollaron y se los comieron.

El fin de la huelga

Ayer por la mañana fué firmada en el Ayuntamiento de Jerez, por los representantes de los obreros agricultores, la conformidad con las condiciones propuestas por el Alcalde, autorizada por los labradores.

A las cinco y media concurrió al Ayuntamiento la comisión de agricultores y á indicaciones del Alcalde fueron invitados los obreros que se hallaban en la plaza de Alfonso XII á pasar al Ayuntamiento.

Ímediatamente marcharon todos á la Casa Consistorial, siendo recibidos por el Alcalde en el salón de actos, que fué ocupado totalmente, y gran parte del patio, por unos quinientos obreros.

El Alcalde les dirigió la palabra, manifestándoles su reconocimiento por la conducta correcta que habían guardado durante la huelga, y exhortándolos á salir al trabajo, leyéndoles después las bases acordadas, que eran las mismas contenidas en el bando publicado.

Los obreros manifestaron su unánime conformidad con ellas, y acto seguido fueron firmadas por la comisión de agricultores.

Después los obreros se retiraron satisfechos, y acto seguido de ello salieron para los cerros; otros lo hicieron durante el resto del día, y hoy seguramente no quedará en Jerez un trabajador del campo.

Como documento de interés, publicamos á continuación el acta levantada conteniendo el acuerdo que ha puesto fin á la huelga. Dice así: «En la ciudad de Jerez de la Frontera, á tres

de Julio de mil novecientos dos, reunidos en las Casas Consistoriales á presencia del Sr. Alcalde, D. Fernando García Gil, D. Bartolomé Bohórquez, D. Sebastián Orbaneja Dávila, D. José Romero Benítez y D. Ramón Guerrero, en representación del Gremio de Labradores; y don José Guerrero, D. José Torralvo, D. Antonio Padilla, D. Ildefonso Castellano, D. Diego Martínez y D. Manuel Díaz, en la del de obreros agricultores, acordaron las siguientes bases, con arreglo á las que deberán llevarse á efecto en el presente año las faenas de la recolección:

Primera. Se abonarán treinta y un reales por la siega de una aranzada de trigo.

Segunda. El jornal del morito será el de seis reales y la comida, ó el de nueve reales á seco para aquellos labradores á quienes las especiales circunstancias de su labor así se lo permitan.

Tercera. Sobre el jornal establecido en la condición anterior, se harán los aumentos de costumbre para los sabaneros, carreteros, alimentadores, servidores de máquinas, etc.

Cuarta. El jornal de los repunjeros será de dos reales y la comida, ó cinco reales á seco.

Todas las demás condiciones del trabajo se regularán por los usos, costumbres y prácticas de antiguo establecidas en esta localidad.

Y para que conste se extiende la presente acta, que firman todos los concurrentes.—Siguen las firmas.»

El Alcalde recibió ayer multitud de felicitaciones por su afortunada gestión durante la huelga y por el éxito alcanzado, gracias á su prudencia y habilidad para tratar cuestión tan difícil.

Los bacalao

Sabíase hasta ahora que los bacalao, esos peces de cuyos hígados se extrae el medicinal aceite que, emulsionado con los hipofosfitos de cal y de sosa, tiene virtudes curativas maravillosas, sabíase, digo, que los tales bicharracos son muy voraces.

Pero lo que no dijo ningún naturalista es que los bacalao se alimentan de liebres y perdices.

¿Verdad que la cosa parece muy extraña? Sí que lo es; pero en una revista extranjera leo que allá en Noruega fué pescado no hace muchos días un enorme bacalao.

Esto nada tiene de particular, ni por lo de ser el animal pescado, ni tampoco por lo de ser enorme.

Lo extraño, lo raro, es lo siguiente: «En el estómago del pez se encontró un trozo de vela de sebo de unas siete pulgadas de longitud, una liebre y una perdiz.»

Pues señor, no me lo explíco.

Concibo que el bacalao se haya tragado la vela de sebo, porque ésta pudo haberse caído de algún buque; pero la liebre y la perdiz... no tiene esto explicación.

Y aun siendo un desatino, supongamos que la perdiz, intentando atravesar el Océano, de la una á la otra remotísima orilla, fuese *vola vola*, y que, cansada de tanto volar, se cayese desmayada. Entonces el voraz bacalao se la zampó con plumas y todo.

Pero ¿y la liebre?

Sólo tiene explicación suponiendo que una liebre suicida, cansada de sufrir las penalidades de este valle de lágrimas, se arrojase al mar, buscando en las agitadas olas la paz y el sosiego que no hallaba en el bosque sombrío... y entonces sí que pudo engullírsela tranquilamente el bacalao.

Pero más que todo esto es lo siguiente, que dice la misma revista extranjera en donde leo estas estupendas noticias.

Habla de otro bacalao.

Y á éste no le daba por tragarse liebres, perdices, velas de sebo y otros artículos de comer y arder.

No, señor; á éste le daba por la erudición, y nada menos que tenía en el estómago tres tomos encuadrados de la *Summa Theológica* de Santo Tomás.

El infeliz pescado quería digerirlo.

Y lo hubiera conseguido.

Pero ¿cómo llegaron esos libros al alcance del bacalao?

¡Arcanos insondables de la Naturaleza!

La aludida revista no da de esto explicación alguna. Concrétase á referir los hechos.

¡Y pensar que tales maravillas terminan á lo mejor en una salsa á la vizcaína!

JOSE BARRAL.

El suplicio de un avaro

(DE HUME)

Murió un hombre que había sido muy avaro, y llegó, como todos los mortales, á orillas de la laguna Estigia, que le era forzoso atravesar á bordo de la barca de Caronte.

Exigióle éste el precio del pasaje, según costumbre; pero el avaro, que ni aun después de muerto había dejado de serlo, para eludir el pago tiróse de cabeza á la laguna y la pasó á nado.